

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

Los Montgolfier y su "aerostero"

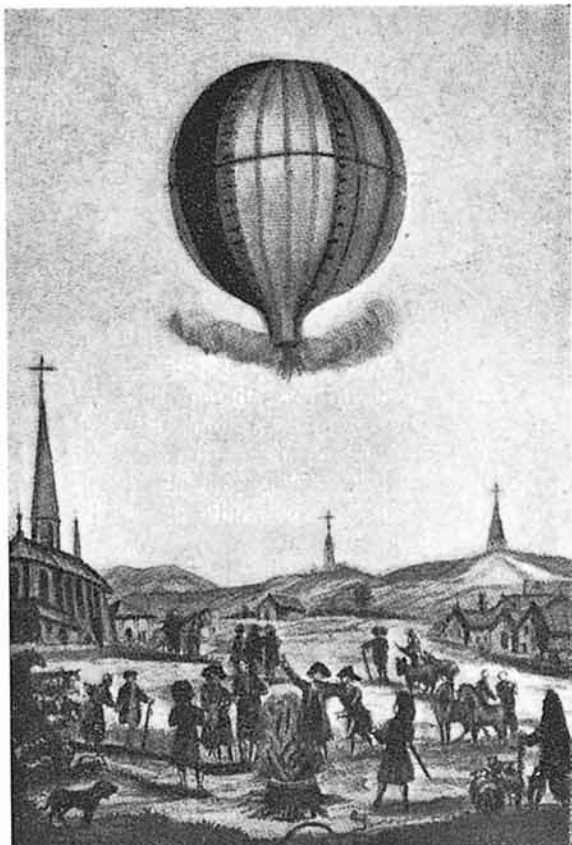
Por MANUEL G. DE ALEDO
Capitán de la Escala del Aire.

Se piensa en esta máquina primitiva, y se piensa también en ella después de todas las variaciones que se introdujeron, tales como darle forma esférica e introducirle el paracaídas y el evaporador, y se hace difícil sujetar el escepticismo de la sonrisa que pugna por hacerse mueca en la comisura del rostro. Es que, sencillamente, la máquina no es nada, ciertamente nada. Pero pensemos un momento y veremos que es también bien cierto que no es nada el leve plumón que será, sin embargo, en su día, ave caudal. Y es que tras el plumón y tras el simple "aerostero montgolfiero" se esconde la vida, que es quien ha de efectuar la metamorfosis, el portento. De esa vida indudable que se escondía tras el feble paralelepípedo de tafetán se encontraba la incipiente vital de la Aviación, que hoy día le permite extender sus aceradas alas caudales para dibujar la sombra de su poder por los contornos terrestres de todos los continentes.

Por eso, en gracia de lo que suponen para lo que hoy es, es por lo que hay que estudiar entrañablemente la lección de Aeronáutica que continuamente nos están deparando las páginas de la Aviación, abiertas en el siglo décimoctavo, y bajo la doble consideración que comentamos: la del hombre y la de la máquina.

Corren los días del décimoctavo siglo, y en la francesa población de Annonay dos hermanos, confundidos en un afán, laboran entusiasmáticamente por la consecución de un fin sin que se haga posible delimitar quién imprime el impulso mayor: el uno estudiando afanosamente, soñando enfebreado el otro. Se llaman esos dos hermanos—Montgolfier es el común apellido— Jacobo Esteban y José Miguel, respectivamente. Jacobo Esteban es el que lee ávidamente las páginas de un libro, suscrito por un inglés que se apellida Priestley, y que, en lengua nativa, fué titulado "On different kinds of air". Ya hemos indicado que lee y estudia en dichas páginas con apresurada avidez, compatible, sin embargo, con que de vez en vez subraye párrafos, escriba notas marginales, o bien anote fuera

de texto alguna que otra sugerencia. También hemos indicado en las líneas anteriores que aunque ambos hermanos laboran por un único fin, no cabe distinguir sobre cuál de ellos gravita el esfuerzo principal. Y parece existir una antinomia entre lo dicho y lo que sugiere la indicación del dinámico estudio de Jacobo Esteban y el hierático ensueño de José Miguel. Y, sin embargo, de nada, absolutamente de nada hubiesen sido todos los afanes estudiosos del primero sin el genio intuitivo y soñador del segundo. Así, como suena, porque ese José Miguel, que indolentemente deambula por las callejas, estrechamente pintorescas, de Vidalon-les-Annonay, audaz, imprevisor, sanguíneo, es el auténtico inventor de los "aerostatos". Él fué quien contempló con mirada de poeta esas columnillas de humo que salen retorciéndose de las chimeneas de las casillas de su Francia natal para poner en el ambiente una cálida nota hogareña; él fué quien pensó que aquella prodigiosa fuerza ascendente bien pudiera ser empleada como medio propulsor, y él fué, por fin, quien prendió en la mente de su hermano la llama del entusiasmo, comunicándole su idea, su sueño, y poniendo en marcha la plena eficacia de su inteligencia. Pero tampoco cabe considerar a éste como el único meritorio en la empresa: José Miguel fué quien aportó la primera idea, pero Jacobo Esteban laboró tanto en ella, colaboró tan íntimamente a lo largo de su génesis, que sería a todas luces injusto desligarlos en la hora de la gloria. Han de ir estrechamente unidos los nombres de estos dos hermanos, tanto por lo que juntamente se afanaron en el logro de su afán, cuanto por el carácter simbólico de esta su unión. Porque desde aquellos hoy tan lejanos tiempos, más lejanos por la magnitud del adelanto del invento que por su especificación en tiempo, todo aquel que quiera dominar los aires, que este era el afán de ellos, habrá de poseer lo que los dos hermanos, respectivamente, poseían: corazón y cabeza. Nosotros los identificamos tanto en nosotros mismos, que hemos venido en considerarles como un ente único, subs-



Primer experimento de los hermanos Montgolfier, realizado en Annonay el 5 de junio de 1783.

tancial, acogido bajo ese patronímico glorioso, el hombre, ente a su vez que forma parte de ese otro no menos encomiable de "El hombre y la máquina", con que epigrafiamos la historia toda de la Aeronáutica.

Y pues que hemos anticipado, en el susodicho epígrafe, hablar del hombre y la máquina,

y pues que ya hemos hablado, poco para lo que en realidad podría hablarse, del hombre, hagámoslo ahora de la máquina, la cual, sin embargo, y como escapándonos de los puntos de la pluma, ya ha aparecido en los párrafos anteriores, como en irreprimible deseo de hacer acto de presencia junto a aquellos a los que entrañablemente ha ido unida en la vida y en la historia, que no es, al fin y a la postre, sino vida momificada. El aeróstato, "el globo aerostero" o el "aerostero", como con más desgaire popular suele llamarse, es en este caso la máquina que los hermanos Montgolfier sacaron de las puras elucubraciones de la teoría a la señera y señorial realidad de la práctica. El constituye por sí solo la magnífica y prodigiosa concreción de los estudios y de los sueños del hombre. ¿Cuáles son sus partes constituyentes? Paseemos el recuerdo por las mismas, siquiera sea muy someramente. La primera, la principal, la que constituye el ánima, la esencia, el motor, en su doble acepción filosófica-mecánica, la constituye ese humo que atisbara José Miguel, y con el cual ya estamos íntima y estrechamente familiarizados en virtud de que lo hemos contemplado ondular de las chimeneillas de Vidalon-les-Annonay; después, un simple paralelepípedo de tafetán, que al recibir en su base el impulso del aire caliente que los hermanos producían, se elevaba, en grácil escorzo, componiendo la inocente pirueta de su salto infantil y... ridículo. Hemos agregado el último adjetivo con ese temor que se siente ante el posible tono sacrilego que puede impregnar todo comentario histórico. Pero lo hemos agregado por la necesidad inaplazable de agregarlo, ya que para darse cuenta hoy, a dos siglos vista, de lo que aquel salto era, hay que aplicárselo; sin embargo, si retrocedemos el plazo señalado, habríamos de agotar la hipótesis de lo calificativo para bien patentizar el resultado obtenido.